



# LA CONTROVERSIAS SOBRE LA BOMBA ATOMICA

FLETCHER KNEBEL Y CHARLES W. BAILEY

Traducido de la Revista Look por el Cor. (R) JULIO CERVANTES

Esta es la dramática historia de la tentativa de muchos especialistas de las ciencias nucleares para convencer al Presidente Truman de que la bomba atómica no debía emplearse para destruir ciudades japonesas sin previo aviso, que desde la Segunda Guerra Mundial se encontraba escondida en los archivos "Secretísimos". Esto —sin que lo tuieran las opiniones a posteriori— es lo que se dijo y se hizo durante un gran debate moral.

Cuando el Presidente Harry S. Truman ordenó el lanzamiento de la bomba atómica sobre el Japón, en un esfuerzo para terminar la Segunda Guerra Mundial de un golpe, dio origen a una discusión que se prolongará mientras haya quienes escriban historia.

Ningún investigador serio podrá poner en tela de juicio los motivos ni la integridad de los hombres que tomaron esa trascendental resolución; tenían a sus espaldas más de tres años de lucha amarga y sangrienta. Pero hay un interrogante que ha preocupado a cuantos estudian el punto: ¿los hombres que realmente liberaron la potencia del átomo —los hombres de ciencia— tuvieron una oportunidad suficiente para hacerse oír?

Desde el otro lado del telón de seguridad que rodea los asuntos atómicos surge ahora una respuesta:

Al Presidente Truman, que se enfrentaba a una de las más graves decisiones morales de la historia de la humanidad, se le impidió enterarse de las peticiones de muchos especialistas de las ciencias nucleares americanos,

que se oponían al lanzamiento de la bomba atómica sobre Hiroshima sin aviso previo.

Este hecho sorprendente surge de los archivos oficiales del Proyecto Manhattan, el complejo de dos mil millones de dólares que produjo la bomba. Tras un proceso de levantamiento de las restricciones de seguridad que duró dos años y en el cual intervino el Departamento de Defensa, así como el de Estado y la Comisión de Energía Atómica, LOOK obtuvo documentos de esos archivos que habían permanecido en la clasificación de "secretísimos" durante dieciocho años.

En los archivos secretos —hasta ahora accesibles solamente a los investigadores oficiales del Gobierno— se encuentra un relato detallado de los vanos esfuerzos de los hombres de ciencia de los grandes laboratorios atómicos de Chicago y Oak Ridge para disuadir al Presidente Truman de que desencadenara sobre los japoneses la terrible potencia del átomo.

La controversia tuvo lugar en una atmósfera que los críticos de la actualidad prefieren no tener en cuenta.

La mayor preocupación del Presidente Truman y sus principales asesores era el costo en vidas americanas, probablemente muy alto, que pagaría el país si tenía que subyugar al Japón con un ataque frontal.

En un consejo de guerra en la Casa Blanca, el 18 de junio de 1945, el General George C. Marshall, Jefe de Estado Mayor del Ejército, estimó que solo en el primer mes de la invasión del Japón habría 31.000 bajas. Hubo otros aún más pesimistas. El Almirante Ernest J. King, Jefe de operaciones navales, pensaba que una cifra "realista" de bajas para la conquista de Kyushu —el primero de los dos asaltos que se planeaban contra el Japón— estaría entre las 31.000 y las 42.000. El Almirante William D. Leahy, Jefe del Estado Mayor del Presidente, creía que la proporción de bajas podría alcanzar al 35% de los 766.000 hombres de las fuerzas invasoras. Y el Secretario de Guerra, Henry L. Stimson, preveía hasta un millón de bajas americanas— tres veces el costo de toda la guerra en el Pacífico hasta ese momento— en caso de que el Japón luchara hasta el final.

Con Washington y la nación hastiados del derramamiento de sangre, el objetivo primordial pasó a ser el de ganar rápidamente y al menor costo posible en vidas humanas. Harry Truman dijo a los jefes militares que redactaría sus órdenes "con el propósito de economizar vidas americanas en la máxima medida de lo posible"; confiaba, según dijo, en "evitar otra Okinawa de un extremo al otro del Japón".

Así fue como los que disientían del empleo de la bomba encontraron a la mayor parte de los funcionarios poco dispuestos a aprobar cualquier procedimiento que pudiera prolongar la guerra; sin embargo, la disputa ardía tras la muralla de seguridad del Proyecto Manhattan.

Aunque tiene ya 18 años, esta historia está tan fresca como el diario de mañana por la mañana —porque la lucha tras la cortina de secreto del Proyecto Manhattan sirve de telón de fondo al debate que se ha hecho mundial desde que Rusia continuó las pruebas de gigantescas ojivas de guerra de megatoneladas, capaces de borrar ciudades enteras.

Los archivos por tanto tiempo secretos muestran que ese dilema que se le presenta a la humanidad fue predicho por los hombres de ciencia hace casi veinte años— aún antes de que supieran que su terrible invento iba a funcionar.

Esencialmente, el primer gran debate moral de la edad atómica se personificó en dos hombres de recia mentalidad, uno, un hombre de ciencia refugiado, y el otro, un General del Ejército. En la pugna secreta participaron muchos otros, pero estos dos se convirtieron en sus símbolos.

En contra de la bomba: Leo Szilard, brillante físico húngaro que había estudiado en la Universidad de Berlín, pero que huyó a los Estados Unidos tras el ascenso de Hitler. Fue tan responsable como cualquiera otro hombre de convencer a Franklin D. Roosevelt de que emprendiera la investigación de las armas atómicas, en primer lugar. Con Enrico Fermi, supervisó la primera reacción controlada en cadena en una cancha de pelota, bajo las graderías en el campo de fútbol de Stagg, en la Universidad de Chicago.

En pro de la bomba: El Mayor General Leslie Richard Groves, ingeniero militar educado en West Point, que construyó el Pentágono y luego se hizo cargo del prodigioso "Distrito de Ingeniería Manhattan" para producir la bomba atómica. Hombre robusto, buen mozo e intrépido, empujó literalmente a un inmenso ejército de hombres de ciencia, obreros de fábricas y militares para que cumplieran

una hazaña que hizo cambiar para siempre al mundo.

Los dos hombres viven todavía, y el calor de sus diferencias subsiste sin disminución. Szilard a los 65 años, y Groves a los 66, se aferran todavía a los puntos de vista que los separaron hace 18 años. Groves sigue creyendo que la decisión de emplear la bomba fue correcta; Szilard todavía cree que fue errónea.

He aquí los rasgos principales de la épica disputa en que Szilard y Groves se situaron en polos opuestos, tales como los revelan los documentos del Proyecto Manhattan:

Una cantidad de peticiones y declaraciones científicas, en gran parte opuestas al empleo irrestricto de la bomba atómica contra el Japón, no llegaron nunca al Presidente Truman, aunque le estaban dirigidas y el Coronel Kenneth D. Nichols, jefe de producción de Manhattan, había instado a Groves para que "esos papeles se enviaran al Presidente de los Estados Unidos, con los comentarios del caso".

El más alto oficial americano de la Segunda Guerra Mundial, el General George C. Marshall, insistía en que la bomba atómica solo debería emplearse contra el Japón después de un aviso con plazo razonable. Dijo Marshall: "Mediante ese aviso tenemos que prevenir el descrédito que podría ocasionarnos el empleo poco juicioso de semejante fuerza". No se siguió su consejo.

Al parecer a Truman solo le llegaron unas pocas declaraciones de la oposición. Una de ellas fue una apasionada carta de O. C. Breuster, de Nueva York, que estaba relacionado con la producción atómica, y que escribió al Presidente: "No se puede permitir que 'esta cosa' exista en el mundo". Otra fue la divergencia oficial de Ralph A. Bard, Subsecretario de Marina, quien sostenía que a los japone-

ses debía advertírseles que podría emplearse la potencia atómica.

Ya desde el 30 de septiembre de 1944, muchos meses antes de que se probara el primer dispositivo atómico y antes de que los funcionarios del Manhattan tuvieran siquiera la seguridad de que trabajaría, dos ilustres americanos, James B. Conant, Presidente de la Universidad de Harvard, y Vannevar Bush, Presidente del Instituto Carnegie de Washington, advirtieron al Secretario de Guerra Henry L. Stimson la posibilidad de futuras "super-super" bombas que podrían ser conducidas por proyectiles guiados. Insistieron en que los Estados Unidos les hicieran a los japoneses una demostración de la primera bomba antes de emplearla efectivamente contra el Japón.

La Junta Interina establecida por insinuación de Stimson en la primavera de 1945 para estudiar todas las consecuencias de la bomba atómica, partió de la hipótesis de que la bomba sería empleada, y nunca consideró realmente las opiniones de los hombres de ciencia que se le oponían.

Casi todos los líderes americanos enterados del secreto atómico —militares, científicos y políticos— estaban preocupados por la posibilidad de la duplicidad rusa, y eran extremadamente renuentes a informar a Rusia, nuestra aliada de la Segunda Guerra Mundial, sobre nuestros adelantos en cuestiones atómicas. Este era uno de los pocos puntos en que había acuerdo general en esa controversia, por otros aspectos tan divisoria, del empleo de la bomba contra el Japón.

En parte alguna de los documentos del Manhattan se encuentra ninguna indicación de que el Presidente Truman tomara una decisión afirmativa de lanzar la bomba. Más bien parece que procedió en la suposición de que la bomba se lanzaría cuando estuviera lista. Los documentos tienden a confirmar una reciente declaración de

Groves según la cual Truman "era como un niño en un tobogán", sin que tuviera oportunidad de decir sí. Todo lo que habría podido decir, según Groves, era nó. Y el Presidente nunca pronunció esa palabra.

Las derivaciones morales del empleo de la bomba atómica fueron planteadas por primera vez por Conant y Bush en una larga carta al Secretario Stimson, el 30 de septiembre de 1944, más de diez meses antes de que la bomba vaporizara a Hiroshima.

Esta carta, notable por su presencia, insistía en que se estableciera un control internacional del átomo para evitar una carrera armamentista de proporciones aterradoras. Una frase profética decía: "Hay que contemplar la posibilidad de llevar hasta el blanco enemigo las bombas que se consideran al presente o las super-super bombas por medio de un avión cohete o un proyectil guiado".

Bush y Conant sostenían que la historia de la bomba debía revelarse al mundo tan pronto como se hiciera su primera demostración, e insistían en que dicha demostración debía preceder al empleo militar directo. "Esta demostración —escribían— podría efectuarse sobre territorio enemigo o en nuestro propio país, con la subsiguiente advertencia a los japoneses de que esos elementos se emplearían contra el territorio metropolitano del Japón a menos que se produjera la rendición".

El gran debate dentro de la secreta comunidad atómica empezó en el invierno de 1944-45, cuando se hizo evidente que la Alemania nazi se derrumbaría antes de que la bomba estuviera lista. Algunos hombres de ciencia retrocedían ante la idea de emplearla contra el Japón, que ya empezaba a arder bajo los grandes tanques incendiarios de los B-29; otros querían que la bomba atómica se empleara cuanto antes para apresurar el final de la guerra.

Uno de los pocos documentos contra la bomba que nunca llegaron a manos del Presidente Truman desde el interior del Distrito Manhattan fue una carta de 3.000 palabras, escrita el 24 de Mayo de 1945 por O. C. Brewster, uno de los enterados de los secretos de la producción atómica; la carta de Brewster, aunque dirigida al Presidente, no se envió por correo sino que se entregó a un agente de seguridad del Proyecto Manhattan.

A los pocos días llegó al despacho del Secretario Stimson. El anciano Secretario de Guerra se impresionó tanto con ella que instó al General Marshall a que leyera ese "notable documento" y sintiera "el impacto de su lógica". Luego Stimson entregó personalmente la carta al Presidente Truman y dejó anotado el hecho de que la recibió, devuelta por la Casa Blanca, el 2 de Junio.

Brewster sostenía que si los Estados Unidos iniciaban el empleo de armas atómicas, algún día un "demagogo corrompido y venal" trataría de conquistar el mundo con bombas atómicas para "su propia insensata satisfacción".

"No se puede permitir que 'esta cosa' exista en el mundo", escribía al Presidente. "No es posible que seamos el pueblo más odiado y más temido de la tierra, por buenas que puedan ser nuestras intenciones. Mientras existió la amenaza de Alemania, tuvimos que actuar con toda celeridad para alcanzar nuestros fines; una vez eliminada la amenaza alemana, tenemos que suspender este proyecto".

Brewster instaba a que se hiciera una "demostración" ante los japoneses antes de usar efectivamente la bomba. "Le ruego, Señor" —escribía— "no dejar de prestar atención a esto simplemente porque yo soy un desconocido, sin influencia ni renombre". Reconocía que no era un estadista, pero añadía: "Pero sin duda en este país hay hombres a quienes Usted puede

dirigirse para pedirles que estudien este problema, que establezcan los hechos, y que lleguen a conclusiones que no estén afectadas por su propio profundo y sincero interés en el proyecto”.

Algunos días después, el 28 de mayo, el jefe del Laboratorio Metalúrgico de Chicago, del Manhattan, Arthur Holly Compton, presentó una declaración a sus superiores.

“En cuanto a prelación, en el primer lugar se encuentra la cuestión de saber cómo se va a emplear la primera bomba nuclear. Esta cuestión es mucho más política que militar: introduce, por primera vez en la historia, el elemento de la matanza en masa. (En su copia de la declaración de Compton, el General Groves escribió aquí, a lápiz, esta nota marginal: ‘Los raids aéreos contra Alemania no dejaron de ser masivos en sus efectos’)... También deben considerarse las consecuencias políticas sobre el enemigo, a menos que se haya decidido irrevocablemente su completa exterminación. Toda esta cuestión bien puede haber sido objeto del amplio estudio que exige. Me limito a mencionarla como uno de los problemas urgentes que han preocupado a nuestra gente por sus muchas ramificaciones y sus derivaciones humanitarias”.

Por sugerencia de Stimson, el Presidente Truman creó una entidad que estudiara todos los aspectos de la bomba atómica antes de emplearla por primera vez. Este grupo se conoció como “Junta Interina” y hasta el presente las actas de sus deliberaciones han permanecido bajo llave. Lo presidía Stimson; George L. Harrison, Presidente de la New York Life Insurance Co. y alto asesor de Stimson, era vice-presidente. Otros miembros: Bard, Bush, Conant, el Subsecretario de Estado William L. Clayton, James F. Birnes, que pronto iba a ser Secretario de Estado, y Karl T. Compton, her-

mano de Arthur y Presidente del Instituto Tecnológico de Massachusetts.

Aún antes de que se reuniera la Junta Interina existía una presunción básica de que la bomba sería empleada. Un memorandum del 1º de mayo, de Harrison para Stimson, que se conserva en los archivos del Manhattan, deja esto en claro: “...En vista del plazo posiblemente corto de que se dispone hasta su empleo militar... hay necesidad de que ahora se hagan ciertas cosas, antes del empleo, si hemos de evitar el peligro de graves repercusiones”. Y de nuevo, en el mismo memorandum de Harrison: “Tan pronto como sea posible después de su empleo, debe darse alguna seguridad de que se tomarán medidas para establecer los controles esenciales sobre el empleo y el perfeccionamiento de post-guerra”.

La junta Interina se reunió ocho veces, del 9 de mayo hasta el 19 de julio de 1945. La reunión decisiva tuvo lugar en el Pentágono el 31 de mayo, y duró desde las 10 a. m. hasta las 4.15 p. m., con una interrupción de una hora para el almuerzo. Este fue el día en que la Junta se reunió con su grupo asesor de cuatro hombres de ciencia. La agenda que se tenía preparada incluía cinco asuntos que probablemente surgirían, pero ninguno de ellos se refería al empleo de la bomba. En las minutas de la reunión solo se encuentra una referencia al uso de ella:

“Después de discutir largamente sobre diversos tipos de blancos y los efectos por producir el Secretario (Stimson) expresó la conclusión, sobre la cual hubo acuerdo general, de que no podíamos dar ningún aviso previo a los japoneses y de que no podíamos concentrarnos sobre una zona civil, sino que deberíamos producir un profundo impacto psicológico sobre cuantos habitantes fuera posible. A sugerencia del Doctor Conant, el Secretario

estuvo de acuerdo en que el blanco más deseable sería una fábrica esencial de guerra que empleara muchos obreros y estuviera rodeada por casas de trabajadores”.

Algunos días después, el 6 de Junio, el Teniente del Ejército R. Gordon Arneson, Secretario de la Junta Interina, envió a Harrison un memorandum en que se declaraba que los puntos de vista de la Junta sobre el empleo de la bomba eran:

“a. La gran bomba debe emplearse contra el Japón lo más pronto posible.

“b. Debe usarse contra un blanco doble, es decir, una instalación militar o una fábrica de guerra rodeada por, o adyacente a, casas u otros edificios de los más vulnerables.

“c. Debe usarse sin previo aviso”.

Conant, que se daba cuenta de la inquietud moral entre los hombres de ciencia, el 5 de mayo había escrito a Stimson que creía que el punto de vista “de algunos de los principales hombres de ciencia” debía ser comunicado al Presidente Truman, bien fuera directamente o por conducto de la Junta Interina. Esto, decía, permitiría que el Gobierno “contara con el pleno apoyo de la comunidad científica en este asunto”.

Stimson, en carta del 9 de mayo a Conant, parecía estar de acuerdo. Decía que la Junta Interina “que se está constituyendo ahora, sin duda deseará oírlos y conocer sus opiniones tan pronto como esté organizada”.

Pero la Junta no lo hizo. El 12 de junio recibió una solicitud de siete especialistas atómicos de los laboratorios de Chicago. Ese grupo, encabezado por James Franck, físico ganador del premio Nobel, sostenía que “un ataque próximo y no anunciado contra el Japón no sería “aconsejable”, y declaraba que si los Estados Unidos “eran los primeros en desencadenar sobre la humanidad este nuevo medio de destrucción indiscriminada” perderían el

apoyo mundial, originarían una carrera de armamentos, y perjudicarían el futuro control internacional de las bombas atómicas.

El Teniente Arneson, secretario de la Junta Interina, comentó el informe de Franck con varias personas, inclusive Arthur Compton, Byrnes y Harrison, y anotó en el diario de la Junta: “Harrison resolvió que el grupo asesor científico, y no la Junta, debía considerar el memorandum de los hombres de ciencia de Chicago”.

El 21 de junio Harrison dijo a la Junta que el grupo científico había estudiado las opiniones de los hombres de ciencia de Chicago que se oponían, pero había resuelto que no había “alternativa aceptable para el empleo militar directo”.

El grupo científico estaba formado por Arthur Compton, Enrico Fermi, Ernest O. Lawrence, jefe del laboratorio de radiación de Berkeley, y J. Robert Oppenheimer, jefe del laboratorio de la bomba atómica de Los Alamos. Su informe sobre el empleo de la bomba decía:

“Las opiniones de nuestros colegas científicos sobre este empleo inicial de estas armas no son unánimes, y van desde la propuesta de que se haga una demostración puramente técnica hasta la de la aplicación militar más conducente para provocar la rendición. Los partidarios de una demostración puramente técnica quisieran colocar fuera de la ley el uso de armas atómicas y han sentido temor de que si empleamos las armas ahora nuestra posición para futuras negociaciones se verá perjudicada.

“Otros subrayan la oportunidad que se presenta para salvar vidas americanas con el empleo militar inmediato y creen que ese empleo mejoraría las perspectivas internacionales por cuanto éstas están más relacionadas con la prevención de la guerra que con la eliminación de esta arma específica.

Nosotros nos acercamos más a este último punto de vista; no podemos proponer ninguna demostración técnica que pueda poner fin a la guerra, y no vemos alternativa aceptable para el empleo militar directo.

"Es claro que nosotros, como hombres de ciencia, no tenemos derechos exclusivos a la razón en cuanto a estos aspectos generales del uso de la energía atómica.

"Es cierto que nos encontramos entre los pocos ciudadanos que han tenido oportunidad de considerar con detenimiento estos problemas durante los últimos años, pero no pretendemos tener ninguna competencia especial para resolver los problemas políticos, sociales y militares que acarrea el advenimiento de la potencia atómica".

Oppenheimer presentó el informe a la Junta Interina.

Hubo una cantidad de peticiones y declaraciones de los hombres de ciencia, la mayor parte de las cuales se oponían al uso militar de la bomba contra el Japón, pero ninguna de ellas llegó nunca al Presidente Truman, a cuya consideración estaban destinadas en esa hora de decisión.

El 25 de Julio, el día en que el Secretario Stimson aprobó las órdenes definitivas para el lanzamiento de una bomba atómica sobre el Japón sin previo aviso, "después del 3 de agosto de 1945, aproximadamente", en la planta atómica de Oak Ridge, Tennessee, el Coronel Nichols hizo un paquete de cartas y peticiones y las envió con un mensajero de seguridad del Manhattan al General Groves, en Washington.

La más importante era una cubierta de papel manila sellada, marcada "Apartado postal 5207, Chicago 80, Illinois", y dirigida, en tinta, al "Presidente de los Estados Unidos". Este era el llamamiento de Szilard al Presidente Truman, apoyado por las firmas de especialistas atómicos tan destacados

como Ralph E. Lapp, Eugene P. Wigner y Walter Bartky.

Szilard y sus colegas instaban a Truman para que no empleara la bomba "a menos que las condiciones que se impondrán al Japón hayan sido hechas públicas detalladamente y el Japón, conociéndolas, se haya negado a rendirse; en segundo lugar, que en ese caso la cuestión de si se han de emplear o no bombas atómicas sea resuelta por Usted a la luz de las consideraciones que presentamos en esta petición, así como de todas las demás responsabilidades morales pertinentes".

Este era un lenguaje de compromiso, porque en el borrador de Szilard, escrito el 3 de julio, se pedía a Truman que no empleara la bomba en absoluto. Cuando se empezó a hacer circular la petición original en el laboratorio de Chicago, un Oficial de seguridad informó de ello a Groves, y el General dijo que no había inconveniente en que se hiciera circular la petición siempre que siguiera el conducto regular de seguridad y no se les mostrara a los hombres de ciencia que tenían menos información sobre la bomba que Szilard. En el primer borrador la petición de Szilard al Presidente concluía:

"Nosotros, los suscritos, respetuosamente le pedimos que ejerza sus atribuciones como Comandante en Jefe para disponer que los Estados Unidos, en la fase actual de la guerra, no apelarán al uso de bombas atómicas".

Szilard modificó su petición —cambiándola de solicitud de que la bomba no se empleara en absoluto a solicitud de que solo se empleara después de una advertencia al Japón— después de discutir el punto con una cantidad de colegas suyos. Una vez revisada reunió 70 firmas.

En el paquete para Groves iba también un documento firmado por 68 hombres de ciencia de Oak Ridge en

el cual se recomendaba que "antes de emplear el arma sin restricciones en el actual conflicto, su potencia debe explicarse y demostrarse adecuadamente, y a la nación japonesa debe dársele la oportunidad de que considere las consecuencias de seguir negándose a rendirse".

Aún otra estaba firmada por 18 hombres de ciencia de Chicago. En general estaban de acuerdo con Szilard, pero decían que su manera de sentir se expresaba más explícitamente en estas palabras:

"Solicitamos respetuosamente que el empleo de bombas atómicas, especialmente contra ciudades, solo sea aprobado por Usted como Jefe del Ejecutivo en las condiciones siguientes:

"1. Que se haya dado a los japoneses la oportunidad de rendirse en condiciones que les aseguren la posibilidad de un desarrollo pacífico en su patria.

"2. Que se hayan hecho advertencias convincentes de que la negativa a rendirse será seguida por el empleo de un arma nueva.

"3. Que la responsabilidad del empleo de las bombas atómicas sea compartida con nuestros aliados".

También iba en ese paquete una encuesta hecha entre 150 hombres de ciencia de Chicago, a quienes Farrington Daniels, director del laboratorio, había pedido que eligieran entre cinco posibilidades. El número mayor, y con mucho, el 46%, votó por "hacer una demostración militar en el Japón, a la cual debe seguir una nueva oportunidad de rendirse antes de que se haga pleno empleo del arma".

En una carta enviada con la encuesta, Arthur Compton hacía notar que esa opción era "el procedimiento muy preferido".

"Esto coincide" —decía Compton— "con mi propia preferencia, y hasta donde puedo juzgarlo, es el procedimiento que ha encontrado mejor aco-

gida en todos los grupos informados en los cuales se ha discutido el asunto".

La frase "demostración militar en el Japón" fue interpretada sin pérdida de tiempo por los funcionarios partidarios de la bomba como ataque sin previo aviso aunque muchos de los participantes en la encuesta sostuvieron después que querían decir todo lo contrario, y que la frase "antes de que se haga pleno empleo del arma" implicaba claramente que en primer lugar querían una demostración atómica que no diera muerte a grandes masas humanas.

Dos de las cartas del paquete eran "pro bomba". Una era de Evan J. Young, químico de Oak Ridge; anotaba las objeciones de sus colegas, pero decía que los raids de bombardeo incendiario sobre el Japón ya habían causado un "infierno diabólico" en ese país.

La segunda era de George W. Parker, otro químico atómico que trabajaba en Oak Ridge. Defendía "el mayor empleo estratégico del arma para la menor pérdida de vidas americanas y la victoria más concluyente sobre el Japón".

Al remitir el paquete a Groves, el Coronel Nichols agregó una carta suya propia sobre la materia. Decía que "al contrario de lo que esperaba el señor Leo Szilard... se estima que estos documentos colectivos en general apoyan los planes actuales para empleo de las armas". Con fecha 25 de julio, Nichols pedía que "estos documentos sean remitidos al Presidente de los Estados Unidos, con los comentarios del caso".

Pero el Presidente Truman nunca los vio. Se encontraba entonces en Postdam, en la conferencia con Stalin y los ingleses. Groves, según lo evidencian los archivos del Manhattan, retuvo el paquete de peticiones hasta el 1º de agosto, día en que un men-

sajero las entregó en la oficina de Stimson. Truman estaba a punto de embarcarse para regresar al país a bordo del U.S.S. "Augusta". La bomba se lanzó sobre Hiroshima el 6 de agosto, mientras Truman todavía se encontraba a bordo de ese barco, en el Atlántico.

Casi un año después, el 24 de Mayo de 1946, Arneson escribió un memorandum para los archivos de la Junta Interina, en el cual explicaba lo ocurrido. Decía que como la cuestión del empleo de la bomba "ya había sido detenidamente considerado y definido por las autoridades correspondientes" y como al personal científico se le había dado oportunidades adecuadas para que presentara sus puntos de vista a la Junta Interina "por conducto del grupo asesor científico", se había decidido que "no serviría para ningún fin útil la transmisión de la petición ni de ninguno de los documentos anexos a la Casa Blanca, especialmente por encontrarse entonces el Presidente fuera del país".

Las reservas del General Marshall en cuanto al uso de la bomba, que permanecieron desconocidas hasta que se abrieron los archivos del Manhattan, fueron expuestas a Stimson y al Subsecretario de Guerra John J. McCloy en una reunión en el despacho de Stimson el 29 mayo de 1945. McCloy redactó un memorandum de la conversación, y Marshall lo aprobó sin enmiendas. El memorandum hace constar que Marshall subrayó la necesidad de dar aviso previo al Japón, lo que no se hizo antes del lanzamiento sobre Hiroshima.

"El General Marshall" —anotó McCloy— "dijo que pensaba que estas armas podrían usarse primero contra objetivos puramente militares, tales como una gran instalación naval, y luego, si de ello no se derivaban resultados completos, creía que deberíamos designar con números algunas zonas

manufactureras grandes, de las cuales se advertiría a la población que debía salir —diciendo a los japoneses que teníamos la intención de destruir tales centros. No se designarían individualmente, de manera que los japoneses no supieran con exactitud dónde íbamos a dar el golpe; luego se mencionaría un número, y el golpe debía producirse inmediatamente después.

"No debían ahorrarse esfuerzos para dejar claramente establecido el hecho del aviso previo. Con esos métodos de preaviso teníamos que compensar el descrédito que podría acarrear un empleo mal estudiado de semejantes fuerzas".

Marshall dijo después que tenía en consideración el empleo "limitado" de un gas tóxico no letal contra las bolsas de resistencia "fanáticas pero desesperadas de los japoneses. Dijo que ese gas no mataría, pero permitiría la rápida eliminación de los defensores suicidas. Se daba cuenta de que la opinión pública podía no apoyar el empleo de gases, pero decía que no eran más inhumanos que "el fósforo y los lanzallamas".

A pesar de las dudas en la cumbre, la maquinaria del lanzamiento de la bomba sobre el Japón seguía avanzando implacablemente. El 19 de julio, tres días después del éxito de la primera explosión de un arma de prueba en Alamogordo, Groves escribía a Oppenheimer:

"Querido señor Oppenheimer:

"Recibí su teletipo de fecha 19 de julio de 1945, y he comentado su contenido con algunos de nuestros asociados de Washington. Factores que escapan a nuestro control no nos permiten considerar ninguna decisión, como no sea la de continuar cumpliendo por el momento los programas establecidos.

"Hay necesidad de lanzar el primer "Little Boy" (Chiquillo), y el primer "Fat Man", (El Gordo), y probable-

mente otro más, según nuestros planes originales. Puede suceder que haya necesidad de lanzar hasta tres de estos últimos, en su mejor forma actual, para concordar con las operaciones estratégicas planeadas..."

("Little Boy" era el nombre de código del Proyecto Manhattan para la bomba de uranio que fue lanzada sobre Hiroshima en la mañana del 6 de agosto. "Fat Man" era el nombre de código para la bomba de plutonio que se ensayó en Alamogordo y luego se lanzó sobre Nagasaki).

El 26 de julio, el Presidente Truman, en unión de Clement Attlee, de Inglaterra y Chang-Kai-Shek, de la China, lanzó la declaración de Potsdam. Era un ultimatum al Japón para que se rindiera incondicionalmente o se enfrentara a una "destrucción pronta y completa". Pero no hubo advertencia de la devastación nuclear que seguiría a la negativa a ceder.

El día en que la primera bomba atómica borró a Hiroshima, sin aviso previo y sin una demostración anterior, Leo Szilard pidió autorización para hacer pública su petición al Presidente Truman —la petición en que había rogado al Presidente que no usara la bomba hasta que la cuestión moral hubiera sido resuelta.

El 9 de agosto, el mismo día en que la segunda bomba atómica cayó sobre Nagasaki, Szilard recibió su respuesta bajo la forma de un mensaje de uno de los oficiales de seguridad de Groves: No se apoya la solicitud. Groves todavía estaba haciendo trabajar fuerte a su vasta maquinaria. Al día siguiente, informó al General Marshall que se habían ganado cuatro días en el ensamble de una tercera bomba, y que estaría para lanzarla sobre el Japón el 17 o el 18 de agosto.

Los japoneses se rindieron el 14 de agosto y la tercera bomba nunca fue lanzada. La tapa del secreto oficial de tiempo de paz se cerró prontamente

sobre los archivos del Proyecto Manhattan.

Solamente cuando se abrieron los archivos, 18 años después, llegó a saber Leo Szilard que el Presidente Truman nunca vio su petición ni la de los colegas de Szilard, antes de que una bomba atómica, sobre Hiroshima, cambiara en una fracción de segundo el curso de la historia.

### Entre telones

Fletcher Knebel y Charles W. Bailey, de la oficina de LOOK en Washington, y autores de la novela "best seller" **Siete Días de Mayo**, trataron por primera vez de llegar a los archivos secretos del proyecto atómico de tiempo de guerra en 1959. Entonces, se les negó el acceso, y reiteraron su petición después de la posesión del presidente Kennedy, a comienzos de 1961. Esta vez se les autorizó para examinar una parte limitada de los archivos. Se exigió a los autores que presentaran sus notas para el pase inicial de seguridad, y que presentaran también el manuscrito terminado al Departamento de Defensa, el Departamento de Estado y la Comisión de Energía Atómica para la revisión final y para el visto bueno.

El acceso a los archivos fue concedido en junio de 1961.

Las notas de los autores fueron aprobadas.

El manuscrito fue presentado el 31 de octubre de 1961, e inicialmente el Departamento de Estado le negó el pase. Después de prolongados esfuerzos, se persuadió finalmente al Departamento de Estado para que concediera su aprobación el 13 de junio de 1963 —exactamente dos años después del acceso inicial a los archivos que el Ejército concedió a los autores.

El contenido del artículo no refleja los puntos de vista del Departamento de Defensa, del Departamento de Estado, o de la Comisión de Energía Atómica.